

ANTOLIN PALOMINO

ALMA DE PAPEL

LA FERIA DEL LIBRO NOS ACERCA A ESE GRAN AMIGO DEL HOMBRE QUE ANTOLIN PALOMINO SE ENCARGA DE EMBELLECER PARA QUE SUBYUGUE A QUIENES SABEN APRECIAR UNA BUENA LECTURA.

TEXTO: EVA FRUTOS.
REALIZACION: ANA G. PRADILLA.
FOTOS: TIM CLINCH

Un amplio patio empedrado conduce hasta el Taller de Encuadernación de Artes Gráficas Municipales, ubicado en las dependencias de ladrillo rosado del madrileño Centro Cultural del Conde Duque. Allí sigue trabajando infatigable, porque ama lo que hace, a sus casi 82 años, "un gran señor", como me comentó un empleado al preguntar por Antolín Palomino a la entrada del histórico inmueble. En efecto, todos le respetan y casi veneran como gran sabio y artista de la encuadernación. Un personaje arrollador del siglo XX que ha descubierto en el libro su mejor aliado. "Es el alma de la persona", me susurra como un secreto. "Porque el autor y el encuadernador lo convierten en un objeto afectivo. El libro se encuaderna para sublimar su contenido. Figúrese, el mayor bibliófilo que ha existido es el Doncel de la catedral del Sigüenza que lleva siglos con su grueso volumen entre las manos. Ese es el ejemplo más grandioso del amor a los libros".

Autodidacta, este castellano viejo de un pueblecito burgalés, pasó más penas que ale-



Arriba, algunos de los famosos papeles pintados al engrudo de Antolín Palomino, cuya técnica él se ha encargado de perfeccionar. Emplea en hacer estas artísticas pinturas abstractas unos quince minutos, pues si tardara más, la tinta se cortaría. Ahí reside la dificultad, además de acertar con la preparación de la alumbre. Abajo, Antolín Palomino dorando un libro romántico con un hierro, que sujeta con ayuda de una prensa de madera.

EL ARTE DE LA ENCUADERNACION

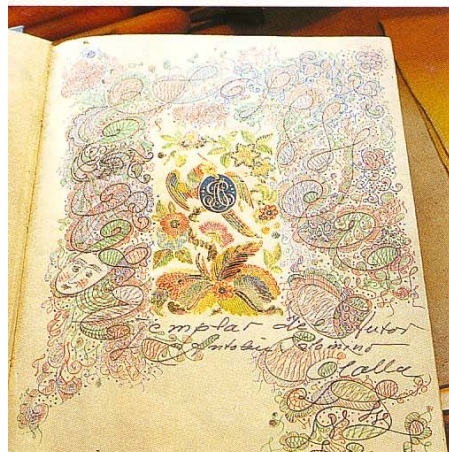


Arriba, un libro de las «Obras Completas» de Gustavo Adolfo Bécquer. El mosaico (cubierta exterior) está hecho con hierros románticos y el "doublé" (contratapa de piel) con dibujo moderno. El estuche y la guarda (a rayas) son de tafetán. En el centro, ruedas con dibujos de estilo Imperio, del s. XVI y del s. XV (múdejar). Se emplean girándolas para adornar con pan de oro. Abajo, pliego de papel pintado al engrudo con rostros femeninos para las guardas o el estuche.

grías hasta convertirse en maestro de la encuadernación artística y recibir varias medallas —entre ellas, las de Oro de Bellas Artes y del Trabajo— como señala en su *Autobiografía, conocimientos y recuerdos sobre el arte de la encuadernación*, publicada en 1986, donde cuenta con gracia infinita su vida "a grandes rasgos". Afable, bibliófilo, gran conocedor de libros raros, erudito, bohemio, amante de la libertad, leal y generoso —pues para él no hay nada más hermoso que regalar— y sin pelos en la lengua cuando critica injusticias e ingratitudes, Palomino sigue trabajando las pieles —al grueso debido— antes de poner el mosaico, y reforzar las cadenas de los cosidos porque "ahí está la vida de cada volumen". "No hay secretos en esto más que la práctica. Hay que realizar todas las operaciones con primor y como marcan los cánones", confiesa. Aunque, para él lo más difícil es encajar el *doublé* de una guarda y hacer el corte. Pero ante todo, Palomino es el gran innovador e inventor de las técnicas de pintura "bajo el agua" o "al engrudo". El ya desaparecido maestro catalán Emilio Brugalla, el mejor junto a Palomino, decía de éste que "pintaba papeles por procedimientos desconocidos, como si lo hicieran los ángeles".

Para llevar a cabo la restauración y decorado de un libro hay que deshacerlo con cuidado, lavarlo y encolarlo si hace falta. Prensar el libro con exageración, pues como bien se dice en Francia —que es el país donde se encuaderna mejor—, "libro bien prensado, libro bien encuadernado". Después hay que resolver el cuerpo de la obra: cosido, cajo, selección y cubierto de piel y, más tarde, el dorado, que es la operación de más rango del libro. Dorado que, si es perfecto, "subyuga a la vista y es el imán más atrayente a nuestros sentidos". Sobre este proceso, Palomino cuenta a menudo una anécdota sucedida en los prestigiosos talleres Sangorski, en Londres, que

EL ARTE DE LA ENCUADERNACION



Arriba, hierros para estampar a prensa en varios estilos, como el jarrón que es del s.XVIII. Algunos son tomados de dibujos originales y otros se sacan de libros antiguos. En el centro, dedicatoria manuscrita y con el centro dorado del ejemplar personal de pruebas de la obra de Palomino sobre el arte de la encuadernación. Su efecto es fantástico. A la derecha, hierros de distintos estilos para dorar a mano: mudéjar, "Grolier"...



datan del siglo XIX, cuando este sencillo español les dió una lección. "Viéndoles trabajar comenté: '¡Eso es absurdo!'. Hice con la tijera una tirita de piel, me la pasé por la frente para tomar un poco de grasa, corté el oro con el cuchillo y los cinco doradores se quedaron boquiabiertos viendo con qué soltura evitaba así que la lámina de oro se volteara. Impresionados se pusieron en pie y me abrazaron". No todos los libros se encuadernan igual, depende de su época y tema del que traten. Por eso unas encuadernaciones son emblemáticas y otras parlantes, porque en sus tapas se ponen escenas bien a línea o en mosaico del contenido del libro. Cada encuadernación tiene sus características, empezando por el color de su piel, el grueso de sus cartones, el tratado de sus cortes, la adaptación de sus guardas... Luego, entra en juego el conocimiento del secreto de los hierros—que en realidad son de bronce—, el buril y el troquel. "A los buenos grabadores habría que hacerles también un monumento, pues su silenciosa contribución es fundamental para el encuadernador", reconoce Palomino. También hay que dominar el secreto del mosaico—dibujo en colores aplicando recortes de piel noble rebajado con la chifla, perfilando sus bordes en dorado o en gofrado con hierros grabados, arquillos o rectas de simple filete", como decía Brugga. Y, por último, es necesario el estuche para proteger una buena encuadernación.

En España se ha llegado a la perfección. Es un momento excelente, hay muchos aficionados y existen grandes profesionales. "Pero, ¡cuidado!, hay demasiados gallos que sólo cacarean".

Y, así, con la divisa del hombre más grande de la bibliografía y del amor a los libros, que se llamó Juan Grolier, Palomino hace suyas estas palabras: "Que algo de mí, oh Señor, quede en la tierra de los vivos", pues siendo fiel a los versos de Marañón: "Vivir no es sólo existir, sino existir y crear...". □